

d'Ors dice que Cristo es el «arquetipo» (símbolo, pues) de la humanidad, ya que en El confluyen lo histórico y lo eterno la inserción de lo Eterno en el tiempo, según Kierkegaard) «Es el modelo eterno —añade— de la persona humana, del hombre-ángel». Modelo, sin duda; pero en cuanto Hombre-Dios. En Cristo se unió la naturaleza humana a la divina, en una persona, sin confundirse las dos naturalezas. Así, el *Santo* es, sin duda, la máxima realización de la persona humana.

En cuanto a la teoría de las generaciones, lo que d'Ors niega solamente es que se opongan, pues para él, la *edad* no es un período, sino un *estado*. Es decir, se nace joven o viejo, independientemente de la evolución biológica. Por eso este *apforismo*: «Cada cual nace de una edad, que luego conserva toda su vida».

Lo que esto encierra de verdad, a mi modo de ver, es lo siguiente: algunos tipos humanos, como los nerviosos y coléricos de la clasificación de Heymans, es decir, muy emotivos y primarios, conservan toda su vida rasgos juveniles (piénsese en Lope de Vega, por ejemplo; o en el mismo Unamuno); mientras otros, los apasionados y flemáticos (Sto. Tomás o Kant) parecen que nacen ya «maduros». Spranger hace notar también en su *Psicología de la Edad juvenil* que los *bohémios* prolongan indefinidamente los caracteres de la adolescencia, y siguen hablando a los cincuenta años de la obra que van a hacer, como si tuviesen veinte.

Pero esto no quiere decir que, aun permaneciendo estos rasgos, las generaciones no se opongan en sus ideas y aspiraciones, en su manera de concebir la vida, pues esta oposición puede darse sin duda en personas de la misma edad, pero «históricamente aparece frecuentemente una oposición, o un ritmo de concordancias, y discordancias en la sucesión de las generaciones, coincidiendo los de una misma generación en su mayoría en una cierta concepción de la vida, con independencia de sus diferencias temperamentales o características».



MI HIJO Y YO

Al mayor de mis hijos Pedro
Luis Romero.

En el viejo rincón de los recuerdos,
a veces ¡tan lejanos, tan lejanos!
de pronto se abre paso hacia el presente
uno de entre ellos que adelanta rápido
y nos trae un sentir de aquel entonces;
momentos de ilusión o de entusiasmo,
de cariño, de gozo, de ternura,
de inquietud, de alegría o de quebranto...
Hoy vino a mí, como frecuentemente
un hecho que me duele el recordarlo
y pone siempre en mi garganta un nudo
y humedece mis ojos con el llanto.

.....
Mi hijo mayor, entonces muy pequeño,
que apenas contaría los siete años,
jugaba con un grupo de chiquillos
de su edad, más o menos. Un muchacho
cogiendo tierra y agua de una fuente
moldeó una pelota con sus manos
y tiróla con furia a aquellos chicos
incapaces de hacerle ningún daño,
al tiempo que insolente se reía
y burlábase de ellos descarado.
¡Lucha de clases trágica y humana
que hace olvidar que al fin somos hermanos!
Procuré reprenderle con dulzura,
mi indignación, valiente, dominando;
mas volvióse hacia mí, me hizo una mueca
y me insultó diabólico y sarcástico.

.....

En pie el pequeño, rojo de coraje,
avanzó lentamente hacia el muchacho,
que doblaba su edad y su estatura,
y con puños y dientes apretados,
gallarda la actitud, con valentía,
le espetó cuando sólo estaba a un paso
esta frase que aun lléname de orgullo:
«Es mi madre. ¿Te enteras? ¿Quieres algo?»

.....
¿Preví la lucha desigual, insólita?...
¿Tuve miedo, tal vez? ¡No sé explicarlo!
Llamé al pequeño, le empujé hacia casa,
al tiempo que le dije con enfado:
«¡Déjate de bravatas, monigote!»
y la noble actitud se vino abajo.
Su valor, su arrogancia defendiéndome,
se frustró en un momento, y el muchacho...
¡Ay, aun hieren mis oídos sus burletas!
mientras el niño con los ojos bajos,
iba delante en actitud humilde,
la barbilla en el pecho, avergonzado.

.....
A los padres también, en ocasiones,
deberían los hijos castigarnos...
Yo, en aquellos momentos, merecía
¡un fuerte y doloroso palmetazo!

Eladia MONTESINO



RECUERDOS

EL CAFE VARELA

por Miguel MUÑOZ de SAN PEDRO,
(Conde de Canilleros)



El último superviviente de los viejos cafés madrileños con juego de espejos, divanes y tradición literaria, fue el Varela, en la calle de Preciados, junto a la Plaza de Santo Domingo. En un muro de él se puso una placa de mármol, con un medallón de bronce y esta inscripción:

EN ESTE LUGAR
ESCRIBIO SUS MEJORES VERSOS
EL GRAN POETA
EMILIO CARRERE
1881-1947
HOMENAJE DE LOS POETAS ESPAÑOLES
MADRID M C M L I I.

El medallón representa a Carrere con su pipa en la boca, sombrero de anchas alas y capa española.

El Varela fue el último refugio del poeta madrileñista, que antes había repartido su bohemia entre éste y los cafés de San Bernardo, Castilla, Granja del Henar y Negresco.

En un café conocí a Carrere, en cafés lo ví siempre y en el Varela por última vez. Fue el enamorado de su «musa bohemia» y el poeta indiscutido del Madrid castizo.

Antes de conocerle y tener directas noticias de él, yo había creído en la auténtica bohemia que refleja, entre otros muchos versos suyos, esta estrofa:

«Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado,
que demasiado pronto conoció la tristeza